



## Creados para vivir de colores, pero muriendo ciegos<sup>1</sup>

CARLOS DÍAZ

### *Breve presentación:*

Las siguientes reflexiones son deudoras de dos conferencias del Prof. Carlos Díaz en el Centro de Estudios de Teología y Pastoral (CETEP) Instituto San Fulgencio de Murcia (ITSF) los días 19 y 20 de octubre de 2022, conferencias programadas para marzo del 2020, que fueron postergadas por el COVID: *Razón sana y Los miedos del siglo XXI*.

El prof. Carlos Díaz desde 1969, fecha de sus primeras publicaciones, a 2018 ha publicado más de 280 libros. Ha acercado al público español con sus más de treinta traducciones obras de grandes autores de lenguas europeas. Los *grandes* y lo *pequeño* han sido objeto de su pensamiento. Impenitente escritor, conferenciante y editor. En el período 1999-2001 dirigió la publicación castellana de la revista *Communio*. Actualmente colabora en el Consejo de redacción de esta y otras revistas.

Entre sus maestros de vida podemos nombrar a Marcelino Legido, uno de los mayores especialistas españoles en Pablo de Tarso; a Francisco de Asís, el santo que nos recordó el hermanamiento de toda criatura y a Maximiliano Kolbe, mártir del nacionalsocialismo y testigo de Dios en Auschwitz.

---

1 Líneas esquemáticas de las conferencias del Prof. Carlos Díaz en el Centro de Estudios de Teología y Pastoral (CETEX) en el Instituto Teológico San Fulgencio (ITSF) de Murcia los días 19 y 20 de Octubre de 2022.

Anarquista cristiano, inhábil para el rencor personal, de mirada limpia y abierta con sonrisa alegre, orador libérrimo, estudioso e investigador sin horario. Su identidad personal y filosófica viene definida por su libre fe católica (Domínguez Prieto). «Frente al desencanto prometeico propone el *personalismo* y la ética pauperonómica» (Xosé Manuel Domínguez Prieto). Frente al cartesianismo del *Pienso luego existo* el prof. Carlos Díaz está convencido del *Soy amado luego existo* y *Da más fuerza sentirse amado que creerse fuerte*. Todo un programa de vida y motivo más que suficiente para tenerlo como referente, por sus palabras y por sus hechos, a la hora de hablar Sobre la Razón y la Esperanza.

I.

### *Razón metácrroma*

*Adam*: Dios bajaba a hablar con él en el jardín del Edén. Adam veía a Dios en su diafanía sinfónica.

### *Razón polícroma*

Todos los colores en el color de Dios, todos los amores en el amor de Dios. En Dios — y no fuera de él — vemos todos los colores: el divino (aunque el rostro de Dios, solo Dios puede contemplar su propio rostro), el ecológico, el moral fraterno y el sociopolítico. Y así se ve al ser humano en su maravilloso misterio: *Abraham* (que se dispone incluso a sacrificar a Isaac para ver a Dios). *María*: dispuesta a todo y confiando del todo: *Ecce, fiat, magnificat, aquí me tienes, hágase*, qué bueno que te diriges a mí para que se cumpla tu Tú en mi yo y mi yo en tu Tú.

### *Razón polí-bícroma*

Reajuste de los colores, por cataratas en la visión.

*Renacimiento*: *Galileo*, la nueva ciencia contra las interpretaciones falsas de la ciencia por parte de los cristianos: razón contra fe.

*Reforma*: *Lutero*, Desvinculación de la Iglesia católica, y giro hacia el fideísmo: fe contra razón.

*Ilustración*: *Voltaire*, *Kant*, etc. El pensamiento filosófico autónomo, la religión dentro de los límites de la mera razón.

### *Razón bícroma*

1789-1989. De la razón revolucionaria a la caída del muro de Berlín. Nueva graduación de la visión. Sólo dos colores: el humano de la moral individual y el socio-revolucionario. Dios se evapora. En muchas familias surge un pariente

que, simplemente, se «evapora», inhabilitado para la convivencia con el resto de la parentela. Sobre todo, los más jóvenes, ignoran su existencia. La *imago Dei* ha desaparecido, incluso, de las fotos familiares. Nunca se menciona su nombre, a no ser para ciscarse en Él. Y esto sin sospechar que, pocos siglos más tarde, quienes ven a Dios como una espina que hay que sacarse, al hacerlo se arrancan el propio corazón para convertirse en «evaporados» para sí mismos.

*Feuerbach*: los hombres se arrancan a sí mismos las tres grandes potencias o poderes del ser humano: la memoria sustituyendo la revelación de Dios por la ciencia; la inteligencia, sustituyendo la razón por los milagros; y la voluntad, sustituyendo la omnipotencia salvífica de Dios por la prometeica capacidad revolucionaria humana: marxismo-anarquismo, movimiento obrero y sindical. Con semejante proyecto Dios dejaría de ser Amo y el hombre esclavo. *Prometeo* pretende robar el fuego a Zeus para socializarlo entre los hombres. El Héroe Rojo *Stajanov* trabaja sin descanso día y noche, hasta la extenuación, para construir una nueva creación a la que él llama Socialismo científico y que salvará a la humanidad entera ahora perfecta, el nuevo cielo en la tierra, así en la tierra como en el cielo. Convencido del carácter divino de la revolución salvífica venidera, no pasará sin embargo de ser un plan arquitectónicamente fallido, la chapuza de la torre de Babel y del caballo de Troya.

De la confianza en el pasado a la esperanza en el futuro de Su Majestad la Razón ilustrada. Sin embargo, la Ilustración, idealización antropocéntrica por infatuación de sí misma, es un ídolo con los pies de barro. Pues, cuando el hombre quiere como fautor único hacer de la tierra un paraíso lo desertiza y dinamita; cuando pretende hacer un cielo, lo *infernaliza*, y entonces el infierno son los otros (Sartre) y los muertos lo están sin sepultura (Camus). Es la satanización del mundo, la acusación de todos contra todos, conforme a la palabra Satán, que en hebreo significa acusador: no todos para uno y uno para todos, antes al contrario una contra todos y todos contra uno.

Para engañar a la muerte, Lenin muere como individuo, pero resucita en la especie humana. Una eternización de la especie, pero sin personas concretas. Dios ha muerto, la especie humana divinizada y entronizada superará todas sus contradicciones.

### *Razón monocroma*

*1989 (caída del muro de Berlín hasta la actualidad).*

La posmodernidad, caída de los macrorrelatos que regían la humanidad, y reducción de los mismos al individuo con sus microrrelatos. El hombre unidimensional. Narciso convirtiendo la ética en estética (culto al cuerpo, traslación de los colores a las uñas de las manicuras), la antropología en trofología (Mas-

terchefs a toda hora, la verdad se fragua en el estómago y luego se evacua como postverdad), la pasión por vivir (*pathos*) en patética sin sentido. En resumen, «Dios ha muerto, la humanidad ha muerto, y yo no me encuentro nada bien». Inversión total de la escala de valores clásica (Dios/hombre/mundo) por esta otra que ya la sustituye: dinero/poder/animalismo/hombre, en la medida en que se trate de seres humanos sin Dios, con cosas, y con un estilo de vida animalista.

### *Razón ácroma, ciega*

El hombre pasó de tener tres dimensiones a dos, luego de dos a una, y ahora de una a ninguna: de la muerte de Dios a la muerte del hombre: Dios ha muerto, el hombre ha muerto y yo no me encuentro nada bien. El retorno de los brujos y de las sectas. La fuerza deviene violencia, sin su propia alegría (de ahí la necesidad de la droga como espacio de suplencia existencial); la escuela como argumento insuficiente para la vida, con el horror al estudio; la ruptura de convivencias familiares estables; el sexo «fluido» sin identidad propio de una razón «líquida» incapaz de dar razón de sí misma. La ingeniería genética pretendiendo reconstruir al hombre con el formado de silicio mientras el planeta Tierra se encuentra gravemente herido, deforestado, desertizado. Los lugareños de la isla de La Palma se sorprenden por el reciente descubrimiento de una bolsa de magma gigantesca en su subsuelo, pero ¿qué pasa con la que duerme bajo nuestros corazones y nuestros pies? Tres cuartas partes de la humanidad pasando hambre y todos mirando hacia otro lado. La espada de Damocles de la destrucción nuclear como si nada.

Nadie sabe qué fue ayer ni puede predecir qué será de él mañana. De tal manera que, si no fuera ofensivo para la locura, podríamos denominarla razón loca y ciega, que trata de abrirse camino desarrollando mentalidades imperialistas y de exterminio globales. ¡Tanta y tan apasionantes esfuerzos de la humanidad para constatar desconsolada su viaje a ninguna parte y su regreso al planeta de los simios!

## II.

Frente a este naufragio, el personalismo comunitario plantea:

– Una reapertura al Dios que hizo el cielo, la tierra y las estrellas bajo el diseño del amor y para la reforestación de su jardín edénico.

– Un respeto activo no solo ecológico del planeta (conocer sus límites y no sobreexplotarlos), sino también *ecodúlico* (de veneración y de gratitud).

– Un redescubrimiento gozoso de la piedad y de la ética del cuidado solidario entre los seres humanos, especialmente entre los más humanos, es decir, entre los que más sufren sin por nadie ser consolados.

– Una inesquívale socialización autogestionaria de los bienes a partir del cambio del corazón.

– Un crecimiento personal, antropológico, mediado por una cultura del esfuerzo y del estudio, pues sin el hambre de la misma volveríamos a repetir nuestro fracaso existencial global.

– Una axiomática de la *razón sana* presidida por los siguientes postulados: El ser es mejor que el tener, aunque no lo excluya; da más fuerza sentirse amado que sentirse fuerte; solo se posee lo que se regala. Crecer sobriamente sin formato de ecoexpolio, con elegancia, por aquello tan franciscano y tan socrático del «*qué poco necesito, y lo poco que necesito qué poco lo necesito*».

– Una antropología de la alteridad cuyo principio de individuación no es el «*yo soy yo*», ni el «*yo soy yo y mis circunstancias*», que es una variante de lo mismo; tampoco es el «*pienso luego existo*», donde no aparece por ningún lado el tú, así como tampoco los sentimientos ni las emociones. El principio de individuación dice: yo soy yo-tú-él-(ella).

Si no te amo no soy importante para ti; si no me dueles tampoco eres importante para mí. Sé que en mí se cumple el «*soy amado luego existo*» en la medida en que me haces saber que te duelo, y que por eso no puedes dejar de amarme. Pues amar al otro es decirle: *mientras yo viva, tú no morirás*.

– Una metafísica de la acción: por nuestras obras se nos conoce, y no solamente por nuestras espasmódicas proclamaciones. A estas alturas de la historia casi todo se ha dicho en vano, razón por la cual poco se ha hecho y mucho de lo que se ha dicho ha sido contradicho. No deseamos la solemnidad barroca de los comedores de grandes frases. No amamos su espolvorear polisílabos, su reduplicación de fonemas que produce efectos onomatopéyicos ridículos en sus ricas florestas líricas.

– Hay que rehacer el *Renacimiento* de la humanidad teo-antropocéntrico. Hay que reformar nuestra sacralidad mediante una *Reforma semper reformanda* (reformanda, que debe ser reformada) cambiando el corazón del propio corazón. Hay que crecer existencialmente con una seria *Ilustración*, es decir, con una razón más razonable.

Por lo demás, ¿cómo podríamos hablar de postmodernidad, cuando ni siquiera se ha cumplido la modernidad del Renacimiento-Reforma-Ilustración, es decir, cuando estamos más lejos que nunca de su lema hermoso *libertad-igualdad-fraternidad*? Hay que releer este último lema del modo siguiente: Paternidad-Fraternidad (no hay fraternidad sin Paternidad)-Igualdad (imposible ser hermanos sin compartir como hermanos)-Libertad, con la libertad cooperadora y no *disoperadora* o egocéntrica propia del liberalismo más perverso.

En resumen: se ha hablado de la necesaria crítica de la razón pura, de la necesaria crítica de la razón práctica y de la necesaria crítica de la belleza

(juicio estético), pero nada de nada podrá lograrse sin una *crítica de la razón insana* que hay fuera y dentro de nosotros mismos. O lo que es lo mismo, sin una *cálida razón sana*.

### III.

Pero todos nuestros sentidos son lábiles, limitados y erráticos: oímos entre la *hiperacusia* y la *acusia*; vemos la realidad como en un espejo y de forma enigmática; entendemos a veces demasiado, y otras veces demasiado poco; a veces somos *hiperquinéticos* y otras inmovilistas; por la perversa ley del embudo deseamos lo ancho para nosotros mismos y la puerta estrecha para los demás; ejercitamos el mal que no queremos pero no ejercitamos el bien que deseamos. Todo ser creado es necesariamente defectuoso, por tanto hemos de tener piedad para los demás y para nosotros mismos, pues ambas piedades son la misma piedad.

Solo un Dios perfecto e increado podría ser bueno. Los demás lo somos (somos santos) cuando intentamos seguir al Santo. Solo entonces puede decirse que somos a la vez justos y pecadores, unos más que otros, dada la infinita variedad de personas, a las que a veces he calificado como *hum-inumanas*.

Dicho de otro modo: somos infirmes, enfermos, no firmes, caedizos, frágiles, y ello desde la cuna hasta la tumba. Es caedizo de forma inconsciente el niño, lo es de forma dubitante y tornadiza el adolescente (la sociedad entera es, por eso mismo, *adolescéntrica*), y lo es el anciano al que nadie visita menos la muerte, y derrelicto. Hay un tiempo para la no firmeza o enfermedad en todos los relojes humanos.

El amor mismo es una enfermedad, una no-firmeza, una desmesura que sin embargo, a pesar de sus debilidades, mueve a todas las demás virtudes o fuerzas sin ser movido por ninguna de ellas, razón por la cual resulta inmensurable y desestabilizador.

Y lo mismo le ocurre al odio, un amor disoperador que se ha vuelto loco, cuya locura es sin embargo indisociable del amor, como lo expresa la ley del talión en su búsqueda de la justicia radical: hay quien prefiere morir matando antes que vivir perdonando y que no sabe perdonar ni olvidar: «*Feliz el hombre si, / como está en su mano el acordarse, / estuviera también el olvidarse*» (Saavedra Fajardo). Un exceso de memoria puede acarrear desgracias, pero también la amnesia puede resultar injusta. Mientras tanto, «*no está el valor tanto en vencer los peligros, como en divertillos*» (Saavedra Fajardo).

### IV.

A decir verdad, la característica más propia de la *infirmetas* es el temor, el miedo: uno cae más por miedo a caer, aunque también cae por temeridad. La felicidad no es un balance o cuenta de resultados entre las satisfacciones y los

costes que han de pagarse para obtenerla, pues siempre media el miedo (a veces pánico) a no alcanzar lo deseado o de perder lo logrado, es decir, de no tener más lo retenido. Basta un tropiezo para descabargar a una persona feliz, o un aliciente para reencabargarle.

Contra lo que algunos filósofos han proferido a lo largo de los siglos, resulta imposible vivir sin esperanza y sin miedo, y además ambos sentimientos se copertenecen; incluso cuando la esperanza nos asiste, se tiene miedo a que nos abandone; incluso cuando el miedo nos amedrente, cabe la esperanza de su disipación; incluso cuando parecemos desesperados mantenemos un hilillo de esperanza. Todos somos un poco el bufón Cabecillas pintado por Velázquez, decimos medias verdades a cambio de un poco de atención; incluso algunos matan para que en los periódicos se hable de su pretendido minuto de «gloria», y al propio tiempo damos la vidas por quienes amamos.

Todo es herida para quien está vivo: «*Con tres heridas yo, la de la vida, la de la muerte, la del amor*» (Miguel Hernández); «*todo hombre tiene dos heridas que pelear, con su Leonor (el amor) y con la mar (la muerte)*» (Antonio Machado). Si lo dicen los poetas, los que de verdad pueden, es que es verdad. Somos una herida, el resultado de una flecha lanzada al infinito por el arco tenso del guerrero.

La vida se encuentra llena de muerte, y la muerte estalla poderosamente en pleno rostro de la vida. Solo si sabemos vivir sabremos morir, *sicut vita finis ita*, de tal vida tal muerte. Sólo si sabemos morir sabremos vivir, *sicut vita finis ita*, de tal vida tal muerte. Solo quien no ha sabido vivir teme morir, de hecho el no saber vivir ya es un vivir premuerto. A quien la muerte cotidiana no le enseñó a vivir con sentido, no le enseñó nada. Por lo tanto, nada más estúpido que la falacia de Epicuro «*No tempo a la muerte, porque mientras ella está yo no estoy, y mientras yo estoy no está ella*». ¡Cuánto miedo a reconocer que vida y muerte se copertenecen, y que hay que dar a la vida lo que es de la vida (cada día agusanada) y a la muerte la vida que ya vive prepóstumamente en ella de una forma resucitada. Es necesaria una logo-tanato-terapia, pues el azar, el sinsentido, la desesperación no pueden ser la última palabra de la existencia humana.

El miedo revienta y disparata, lanzando a toda velocidad descargando contra lo que se mueva la bala del asustado.

La última pandemia ha llevado a muchos a resistirse como gato panza arriba porque al parecer no sabían que podían morir también ellos. Hasta entonces morían los otros, pero ahora el ángel de la muerte ha tocado también la propia puerta. Pobres gentes. En esa misma línea, y como recurso al pataleo, no pocos (sino muchos y cada vez más frecuentes) cargan judicialmente contra los médicos que «dejaron morir» a su abuelito de 170 años, más longevos que Matusalén.

No de otro modo podría explicarse la judicialización creciente de la medicina, la desconfianza del cuidador del cual se demanda una omnipotencia divina.

Item más: quien sube al escenario a proclamar: «Yo me he hecho a mí mismo, y en consecuencia no le debo nada a nadie, ni me arrepiento de nada», es un descerebrado individual y social, cuyo yo-yo es idéntico al cu-cú cantaba la rana, cucú debajo del agua. Un yo incapaz de descubrir al tú lo encubre, dice no deber nada a nadie porque en realidad nadie existe para él. Sustituido el yo por el ego y el tú por el ello, en su lugar se ha instalado la farándula, el famoseo, el pijoprogre carcamal, el saltimbanqui, el cretino, el arrebatocabras, el sietemachos...

Aunque esos animales también se libraron del diluvio en el arca de Noé, les ha podido la banalidad; pretenden ser la plenitud del vacío, cuando no son otra cosa que una metáfora estética: la plenitud del vacío. Estar lleno de vacío es una existencia espectral, ectoplasmática, irreal. Nadie acepta ser el cadáver dentro del ataúd.

Pero con o sin grandes miedos, quienes viven banalmente están medio muertos en vida, igual que los zombis. Es imposible ignorar que seguramente existe una vinculación profunda y subterránea entre las grandes superficies comerciales donde hay de todo y no falta ningún cuerno de la abundancia o cornucopia a modo de sucursal del cielo, entre todo eso y el miedo a la muerte, que es la única que de verdad nos desnuda. Reventar antes de que sobre, cargar con todo en previsión de un percance o de una fatalidad, ponerse la venda antes de que llegue la herida, automedicarse en previsión, contratar pólizas de seguros y de reaseguros, todos esos ineficaces cerrojazos al más allá del más acá son la prueba fehaciente de que estar banalmente vivo es la sombra del rabo de las muertes.

Por lo demás, no pocos jóvenes de quince años andan por esas sendas bifrontes y erráticas más muertos que vivos consumiendo sin límite para evitar el vacío mismo, que les lleva a comprar e incluso a endeudarse hasta la extenuación. ¡Cuánta gente avejentada para ocultar las arrugas debajo de infinitas capas de aceites, pomadas, cremas, cremas para después de otras cremas o contra las anteriores, tantos metaversos sin verso, y todo ello con resultado de muerte! No crecer, tener pánico a la vida, di/vertirse sin con/vertirse, sin *versus*, significa no hacer espacio para otra cosa que no sea el vacío. Esos decrecimientos fatuos de la subjetividad ¿no son acaso actos que pueden terminar en egocidio?

## V.

No abogamos por la ausencia de miedo como si tuviéramos que hacer el papel del Sastrecillo Valiente; hay que tener miedo a la propia labilidad, al desprecio de lo profundo, a la infecundidad: a todos los estériles les preocupa la fecundidad de quienes labran con esfuerzo y alegría, con sudor y esperanza, el rostro de la

identidad personal. Hay que temer, sí, desde luego, hay que temer a la gregariedad, al tetrástrofo monorrímo de lo manido, a los pincharranas, a los tiralevitas, a los pinchaúvas, a los robagallinas, contrarrestándolo con un profundo sentido de la vida, con una existencia digna, pues lo importante no es ser feliz a cualquier precio, sino ser digno de la felicidad, aunque para ello haya que sufrir. Quien añade ciencia añade también cansancio, el entendimiento alumbra como las velas derramando lágrimas, nada grande se ha hecho sin una gran pasión. ¿O no?

El miedo no es como la mancha de la mora, que con otra más verde se quita, sino un alógeno, solo va saliendo con algo de otro género. Y esto del modo siguiente: quien siembra actos buenos alcanza un buen hábito; quien tiene un hábito bueno, los tiene todos; quien los tiene todos, alcanza la plenitud de un carácter verdadero. *Assueta vilescunt*, las cosas que no mejoran empeoran, por eso cuando lo bueno mismo se corrompe termina siendo pésimo: «*A decir verdad, la única imagen que temo en el comunismo es el hombre-con-bolígrafo-entre los-dientes*», decía Emmanuel Mounier.

## VI.

Para todo eso yo al menos necesito que exista el Dios bueno, Jesucristo. Por mí mismo no sabría ser feliz, algo para lo que dicen estar preparados los más egoístas, los cerdos del rebaño de Epicuro. Yo por mí mismo no aguanto ni un soplamocos, ni una guantada, como se decía antiguamente. Tampoco me ha servido de mucho convertirme en un añoso diccionario después de trasegar con los libros, la verdad sea dicha. Soy un carcamal que apenas tendría cabida en el Museo de la indiscreción. Que Dios me dé su luz refulgente para que salga de tantas cegueras. Que su luz difractada me acerque al Sinaí, más allá del valle de Josafat.

Amén, amén.